

La banalización de la política

XABIER BARANDIARAN

Profesor de Sociología de la Universidad de Deusto

No se puede construir nada fuera del marco deontológico de la democracia sin una dimensión ética de la política, sin puentes que unan a las personas y a las sociedades. Se trata de uno de los debates más acuciantes de nuestro tiempo

Durante estos últimos días, hemos asistido atónitos a la guerra sin cuartel que han librado en Madrid la dirección del Partido Popular, liderada por Pablo Casado y Teodoro García Egea, y la presidenta de la comunidad, Isabel Díaz Ayuso. Se trata de un enfrentamiento que ha sacudido al PP y que nos ha dejado imágenes que representan un extraordinario deterioro de la cultura y las formas de acción política. Un escenario que merece un análisis sosegado, más allá de las siglas que lo han protagonizado. La dirección del PP pretendía utilizar un presunto caso de corrupción para acotar el creciente poder político de la presidenta de la comunidad en el seno del partido. Ella, sin embargo, optó por golpear primero y lanzar un ataque consistente en fijar el foco de la opinión pública en la utilización de métodos no democráticos y falsas acusaciones contra su figura en su propia formación. El depósito de legitimación electoral que acumula Díaz Ayuso ha sido suficiente para dinamitar y provocar un relevo en la dirección del partido. Las investigaciones abiertas por la Fiscalía y la línea estratégica de la nueva dirección nos mostrarán una radiografía precisa del futuro de Ayuso. En el fondo de esta contienda subyace la división de la derecha y la incapacidad del PP para ejercer de catalizador de un espacio roto que compite entre sí. Pero también asistimos a una banalización total de la política.

Lo ocurrido en Madrid nos muestra una instrumentalización de la dimensión ética, unas lealtades políticas líquidas, luchas internas de poder desgarradoras y una gestión de la comunicación pública al servicio de los intereses partidarios. Al fin y al cabo, nos encontramos ante la expresión de una concepción de la política que gira en torno a intereses endogámicos, por encima de los de la ciudadanía. Esto no es exclusivo del PP. No es sino la manifestación de una forma de entender la política desde la lógica del populismo. Un fenómeno cada vez más extendido en las sociedades occidentales, un factor relevante en la crisis de las democracias liberales.

El politólogo Víctor Lapuente, catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad de Göteborg, definía el populismo como «la sombra que acompaña a la democracia». Según esta forma de entender la política, los contenidos y la acción política son sustituidas por la capacidad de generar narrativas competitivas, por el impacto estético, por la gestión de los titulares, por la generación de condiciones políticas internas acrílicas y por la instrumentalización de la opinión pública. En definitiva, se busca construir legitimaciones propias, más que transformar la realidad política. Quien con-



JOSEMARI ALEMÁN AMUNDARAIN

voca elecciones pensando en las ventanas de oportunidad que le ofrece la coyuntura para fortalecerse y debilitar al adversario no está pensando en el bien común, sino en sus intereses particulares. La instrumentalización de la democracia y de sus instituciones es una característica fundamental del populismo.

Todo este espectáculo es consumido por parte de la ciudadanía como un producto de entretenimiento, con personajes que escenifican un juego de poder, con códigos fácilmente reconocibles, comunicación sin matices, con una enorme contundencia y alta carga emocional. Buena parte de la ciudadanía digiere esta realidad como si fuera un espectáculo que empieza y termina en los límites de una pantalla. Esto lleva consigo dos consecuencias demoledoras: nos educa en una cultura política superficial, hipersimplificada, en la que la ciudadanía va adquiriendo naturaleza de súbdito más que de miembro activo de una comunidad política; por otro lado, deteriora la calidad de la democracia como sistema de deliberación pública y su capacidad transformadora. Y anula la idea de los partidos políticos como instrumentos legítimos y eficaces a la hora de intermediar entre la voluntad de la ciudadanía y la acción pública a través de las instituciones. Para que la sombra del populismo no se extienda más, resulta necesario profundizar en los valo-

res democráticos, interiorizar un código deontológico destinado al bien común e institucionalizar una acción política enfocada a la transformación. Esto requiere respetar profundamente a la ciudadanía y establecer una comunicación sólida con ella, escuchar sus preocupaciones, establecer cauces de colaboración con la sociedad y ofrecer soluciones compartidas que transformen la realidad hacia mayores cotas de bienestar. Frente a esta realidad y ante el auge de las tendencias populistas en Europa, instituciones y partidos estamos obligados a mantener un rumbo democrático, basado en valores de servicio a la ciudadanía. Todo ello, con una actitud de búsqueda de entendimiento entre las propias instituciones y entre los partidos políticos desde una gobernanza colaborativa con la sociedad civil.

No se puede construir nada fuera del marco deontológico de la democracia, sin una dimensión ética de la política, sin puentes que unan a las personas y a las sociedades. Se trata, quizá, de uno de los debates más acuciantes de nuestro tiempo. Frente al auge de los populismos, más política orientada al bien común. Frente a quienes persiguen destruir los puentes que cohesionan a nuestra sociedad, más democracia basada en la colaboración.

Xabier Barandiaran es el responsable de Innovación Política de EAJ-PNV